

NUEVO ACOSO A LA FILOSOFÍA

Separata del nº 49 de Razón Española, Septiembre-Octubre 1991

Pags. 133-151

ESTUDIOS

NUEVO ACOSO A LA FILOSOFÍA

I. EL LIBRO QUE NUNCA SE ESCRIBIÓ

Muchas obras maestras de la humanidad relatan los efectos que causa en el hombre su sed de aventuras. Recuérdese, por ejemplo, la Odisea, entonada «en honor del héroe famoso, que, tras haber abatido los muros de la sacra Ilion, errante por el mundo, visitó populosas ciudades, conoció costumbres insólitas y surcó el Ponto entre apuros sin fin, hasta salvarse con los suyos y tornar a la Patria»; el Quijote, donde el hidalgo de La Mancha sale a los caminos a deshacer todo género de agravios y así cobrar nombre y fama eternos; Os Lusíadas, en que armas y varones predestinados se atreven a transpasar jamás navegados mares para fundar un Reino Nuevo, entre gentes remotas, y dar en peligros y lides pruebas de valor que parecerían exceder el esfuerzo humano; o Fausto, el peregrino de saber en saber, que aspira, rejuvenecido, a sobrenadar en el océano de los errores y a que su corazón pueda experimentar todas las penas y todas las dichas que distinguen al hombre; pero que él, en su mocedad, había sacrificado a los estudios.

Hay, sin embargo, un libro que nunca se escribió: la biografía de un hombre que podría ser muy bien el símbolo de todos los otros. Un hombre que habiendo sido ciego, tullido e indigente, por obra de un milagro se ve de pronto en posesión de vista y movimiento, al par que adquiere también enormes riquezas. Justo entonces el mundo, ajeno y desconocido para él, se ofrece, como recién nacido, a sus ojos, a su andar y a sus deseos; por lo cual, con incontenible emoción, como quien recibe una dádiva infinita de la que nunca se podrá saciar, parte en peregrinación

contemplativa para empaparse en sus bellezas y conocer y hacerse familiar a los demás hombres. Así va de región en región observando, admirando, tratando de entenderlo todo, gozándose en las cosas y en cualquier compañía humana y dando y dándose para aliviar dolores y enjugar lágrimas...

¡Qué hermoso libro podría escribirse con este argumento! Cuántas ocasiones irían surgiendo en él a cada paso para descubrir a todos cuantos adormecen la rutina, la magia de la Naturaleza y la inagotable variedad de los seres humanos. ¿Qué artista, empero, sería capaz de acometer con éxito una empresa literaria semejante? No; el libro no se ha escrito y acaso no se escriba nunca. Pero algo más grandioso aún nos consta y se halla a nuestro alcance: la íntegra Historia de la Humanidad, la biografía de ese hombre que hemos ido siendo todos los hombres... Ahí está la epopeya maravillosa que atesora insuperablemente todas las gestas, escritas o silenciadas.

Una de esas gestas y no, por cierto, de las menos gloriosas, fue esbozada en Grecia, hace la friolera de unos dos mil quinientos años, cuando algunos pensadores geniales tuvieron allí la pretensión audacísima de comprender unitariamente la realidad universal. Algo que parecería impensable, por exageradamente optimista: ¿Por qué había de ser «racional» el mundo? ¿Por qué los hombres podríamos llegar a explicarlo? Pero era la consecuencia natural de una fe religiosa sobrenadante entre las creencias míticas que la indagación intelectual colocaba en trance de naufragio. Mitos en descrédito e innata persuasión de que tendría que haber un plan recóndito y comprensible en el Cosmos fue la circunstancia que dio feliz origen a la Filosofía.

Hasta entonces el hombre se había contentado con explicarse mediante mitificaciones; es decir, mediante representaciones fantásticas urdidas «ad hoc», la particularidad de algunos hechos observables de que tenía experiencia o noticia. Su acervo cultural apenas era otra cosa que el ingente tesoro del lenguaje, una rica variedad de enseres, creencias diversísimas y abundantes constataciones empíricas, producto del saber vulgar. Muchos hechos de observación, numerosas secuencias fenoménicas se habían advertido y condensado en asertos susceptibles de enseñanza y aprendizaje. Pero tales formulaciones no resultaban conciliables entre sí, sino que venían a parar en proposiciones contradictorias.

Es lo propio del saber vulgar. Por consistir éste en la confrontación de percepciones individuales en torno a hechos concretos, no puede evitar su aceptación de las apariencias ni el poseer carácter fragmentario. Hace, pues, crisis a las primeras tentativas de generalización, e impone, para salvar la lógica, la necesidad de una síntesis superadora.

Uno percibe, en efecto, innumerables cosas determinadas, en momentos distintos. La unidad y la persistencia no parecen posibles. Lo que se ofrece como real a los sentidos se presenta en multiplicidad cambiante. ¿Cómo lograr entonces generalizar algún conocimiento cuando las explicaciones míticas y el saber vulgar se han labrado su propio descrédito con sus inconsistencias?

Punto menos que imposible es justificar el tránsito de las convicciones religiosas a la Filosofía. Sin embargo, una extraña fortuna ha hecho llegar hasta nosotros un texto singular (el único que se conserva de Anaximandro) en el que el impulso hacia una concepción unitaria de uno de los grandes procesos naturales arranca de un supuesto latente en franca coincidencia con credos oficiales de religiones antiquísimas. El fragmento de Anaximandro dice: «A aquello de que proviene lo que es, allí debe tornar al corromperse, según el fallo del Destino. Pues sentencia es del tiempo que unas y otras cosas se compensen mutuamente la pena y el castigo».

La experiencia de la corrupción corporal, que sigue a la muerte, parece haber proporcionado a la imaginación el estímulo para rehacer, en sentido inverso, la génesis de la vida. A la vida se

la encuentra en el mundo en pleno despliegue: nunca ha podido nadie percibir una transformación que le haya dado ocasión de surgir. Sin ninguna excepción conocida, la evidencia para la humanidad es que todo ser vivo proviene de algún otro ser vivo. Más la observación de los cambios que sobrevienen tras la muerte da cierta plausibilidad racional a la creencia mítica en un origen terreno de la vida: La estatua de barro modelada por Prometeo y animada por el fuego solar y la réplica maliciosa de Hefestos, al formar a Pandora, instigado por Zeus. Si el cuerpo se reduce a tierra cuando se descompone, ¿no será porque de tierra se constituye? El fundamento para la analogía estaba, entonces, claro, aunque también entrara por los ojos cierta disipación. El ser viviente podría ser «eso»; pero tenía que ser también mucho más. ¿O no había elementos perdidos cuando se apagaba la vida? Esta doble intuición inspiró probablemente tanto la Religión como la Filosofía. El Brahma de la visión upanishádica responde, en el fondo, a la misma tentativa de explicación del incomprensible comienzo y de la increíble disolución, bien ante nosotros, de un ser vivo cualquiera. «La mismidad de que proceden los seres, que les da origen y vida, y a quien al desaparecer retornan, es Brahma». «Si alguien lastima la raíz del árbol que aquí ves, perderá su savia; pero continuará viviendo. Lo hará también si se le hiere en el tronco o en su copa. Imbuido por su átman, por la vida que bulle dentro de él, ese árbol se mantendrá enhiesto, gozoso, mientras absorbe de la tierra los humores benéficos. Pero si la vida abandona una rama, ésta se marchita; si abandona cualquier otra, se secará también; y si una más, lo mismo. Si todo el árbol va perdiendo la vida, todo por completo se secará. Aprende esta lección, hijo mío: El ser abandonado por su fuerza vital, muere, por cierto, no muere el alma, en cambio. Esta esencia sutil lo llena todo: No hay otra realidad que el átman. Tú mismo, Shvetakeku, eres eso». Existe, por otra parte, una misteriosa unidad entre Brahmán y átman. Brahmán -la energía autoconsciente universal- se confundía con átman -el alma, en cuanto conciencia y principio de vida-, quizás porque parecía descubrirse cierta identidad de naturaleza entre nuestro yo pensante, con su querer generador de actos, y el adivinado espíritu del mundo, el fondo de persistencia, necesidad y racionalidad de los fenómenos cosmológicos.

Así, lo que fue un místico vislumbre en la cosmovisión hindú, se mostró en Grecia como un presupuesto subyacente a las primeras indagaciones filosóficas.

Cuando Aristóteles recordaba en su Metafísica los humildes balbuceos de la Filosofía, dejaba al descubierto con plena claridad la clase de inquietudes que habían sido causa de su origen. «La mayoría de quienes entre nosotros fueron los primeros en filosofar -escribe-, no consideraron otros principios en la naturaleza que los meramente materiales. Para ellos, los ingredientes últimos, los constituyentes irreductibles de todos los seres, aquello de que proceden y a que van a parar, en último término, al corromperse; la substancia persistente en sus múltiples manifestaciones, eso era lo elemental, lo primario en todos los seres». O, de otra manera, como concretaba el propio Aristóteles, los filósofos griegos más primitivos se imaginaban al mundo como un agregado multiforme de una substancia material única o con muy escasos componentes con la excepción de Anaxágoras, que postulaba una infinitud, pero que, siguiendo el parecer de Hermótimo, sostenía que sólo una inteligencia sin límites, trascendente y autosuficiente, dueña en absoluto de sí, podría provocar el movimiento universal y cíclico a que estaban sometidas todas las cosas.

La Filosofía venía a expresar así la convicción de que las percepciones sensoriales, resultando engañosas, eran insuficientes para comprender la verdadera configuración de lo real, sólo captable, en cambio, representándose con el pensamiento el transfondo unitario que da cobijo al veleidoso rutilar de las formas. Derrotado el ingenuo dogmatismo sensorialista, el intelecto quería emprender la gran aventura de su desquite frente a empecinados errores.

II. LOS AVATARES DE LA FILOSOFÍA

La Filosofía debe verse desde tres perspectivas o momentos. Primero, como *actitud o disposición intelectual* de quien aspira a construirla. Segundo, como método, o suma de requisitos mínimos gracias a los cuales puede merecer ese nombre. Y tercero, como *producto o resultado final* de las investigaciones acometidas y de su conciliación y síntesis.

La actitud depende de aptitudes y unge a los filósofos para el oficio. El método les permite fundar con éxito esa cautelosa reinvencción que, por el acumulo de nuevos hechos, se exige periódicamente para conservar una cabal intelección del mundo. Y el resultado, cada particular filosofía, tiene que ser el renovado intento de evidenciar, sin inconsecuencias ni residuos ilógicos, por qué la realidad ha llegado a ser como es y cuál será, de confirmarse nuestras sospechas, su línea evolutiva futura.

Tanto la actitud filosófica como el método y como los modos de filosofar ejemplares nos serán conocidos de una única manera posible: leyendo directamente a los grandes filósofos. Y, si no, valiéndonos, al menos, de sus más sagaces intérpretes. Pero ninguna filosofía, por separado, ni todas juntas, podrán hacer de nosotros otra cosa que pobres espejos de doctrinas prestadas, eruditos de ajenas ideas y eclécticos a la buena de Dios, que no saben a que carta quedarse. Porque, tras cualquier manifestación filosófica, sólo una cosa cuenta y es necesaria: una total consagración a la Verdad que no se sacie con ningún sucedáneo ni acepte transitorios compromisos, sino que imponga el desvivido afán, la incesante pesquisa y hasta la inmolación por ella. Quien no ame a la Verdad más allá de su propio egoísmo, no podrá ser contado entre los auténticos filósofos, sino entre los simuladores y sofistas.

III. LA FILOSOFÍA COMO ACTITUD

La Filosofía, como actitud, reposa sobre una curiosidad incitante, siempre insatisfecha y preguntona.

«Lo que en un principio movió a los hombres a hacer las primeras indagaciones filosóficas - escribe Aristóteles- fue, como lo es hoy, la admiración. Entre los objetos que admiraban y de que no podían darse razón, se aplicaron primero a los que estaban a su alcance; después, avanzando paso a paso, quisieron explicar los más grandes fenómenos, por ejemplo, las diversas fases de la Luna, el curso del Sol y de los astros, y, por último, la formación del Universo. Ir en busca de una explicación y admirarse, es reconocer que se ignora. Y así puede decirse que el amigo de la Ciencia lo es en una cierta manera de los mitos, porque el asunto de los mitos es lo maravilloso...».

Y algo semejante aseveraba Platón en el *Teeteto*, al decir: «El sentimiento más connatural a un filósofo es la admiración. Y en ella está el origen de la Filosofía».

Pero acaso nadie haya expresado el despertar a la conciencia filosófica con más vivida fantasía y mayor belleza que Gracián. Recurre para este propósito a un símil feliz. Supone a su Andrenio habitante en una caverna -quizá rememorando el mito de Platón- y lo libera repentinamente, después de un terremoto. Su impresión del mundo recuperado es magistralmente descrita, con refulgentes expresiones de rara belleza:

«Reconocí luego quebrada mi penosa cárcel y fue tan indecible mi contento que al punto comencé a desenterrarme, para nacer de nuevo a todo un mundo, en una bien patente ventana, que señoreaba todo aquel espacioso y alegre hemisferio. Fui acercándome dudosamente a ella, violentando mis deseos, pero ya asegurado, llegué a asomarme del todo a aquel rasgado balcón del ver, y de él tendí la vista aquella vez primera por este gran teatro de tierra y cielo. Toda el alma con extraño ímpetu, entre curiosidad y alegría, acudió a los ojos, dejando como destituidos los demás miembros; de suerte que estuve casi un día insensible, inmóvil y como muerto, cuando más vivo; querer yo aquí exprimírte el intenso sentimiento de mi afecto, el conato de mi mente y de mi espíritu, sería emprender cien imposibles juntos; sólo te digo que aún me dura y me durará siempre el espanto, la admiración, la suspensión y el pasmo, que me ocuparon toda el alma. -Bien lo veo (dijo Cratilo), que cuando los ojos ven lo que nunca vieron, el corazón siente lo que nunca sintió. -Miraba el cielo, miraba la tierra, miraba el mar, ya todo junto, ya cada cosa de por sí, y en cada objeto de estos me transportaba sin acertar a salir de él, viendo, observando, advirtiendo, admirando, discurriendo y lográndolo todo con insaciable fruición. -¡Oh, lo que te envidio (exclamó Cratilo) tanta felicidad no imaginada, privilegio único del primer hombre y tuyo: llegar a ver con novedad y con advertencia, la grandeza, la hermosura, el concierto, la firmeza y la variedad de esta gran máquina criada! Fáltanos la admiración comúnmente a nosotros, porque falta la novedad, y con ésta la advertencia. Entramos todos en el mundo con los ojos del alma cerrados y cuando los abrimos al conocimiento ya la costumbre de ver las cosas, por maravillosas que sean, no deja lugar a la admiración. Por eso los varones sabios se valieron siempre de la reflexión, imaginándose llegar de nuevo al mundo, reparando en sus prodigios, que cada cosa los es, admirando sus perfecciones y filosofando artificiosamente...».

Hay, en efecto, en los hombres dos formas principales de reaccionar ante el mundo: verlo como exponente común de una rutina, como la cosa más obvia y natural, sin encontrar, por ende, motivo alguno para percibirlo como problema; o, contemplándolo con incrédulo asombro, con los mismos ojos ingenuos que nos transmitirían por primera vez su inagotable imagen comprender que ya en el hecho mismo de su existencia, cuanto más en su ser así, sobra causa para sentirse intrigado y deshacerse en preguntas arduas de contestar, ya que remontan la experiencia y ya que su formulador, por no conformista con lo que ve, tampoco será demasiado contentadizo con su propia respuesta.

«¿Por qué es en general el ente y no más bien la nada?» inquiriere incisivo Heidegger, uno de los más grandes filósofos de nuestra época, cuyo mérito principal es haber sabido retornar con autenticidad personalísima al cuestionamiento primigenio en torno al ser.

«El mundo está simplemente ahí y es inexplicable» -parece contestarle Bertrand Russell, aunque no sin cuestionar anteriormente la pregunta y tras rendirse a ella. En cambio, los hombres vulgares, insensibles, por habituación rutinaria, a la necesidad de la demanda misma, no captan siquiera la situación de dramatismo que la está urgiendo. Su formación mental no les ha permitido acceder al nivel de la curiosidad filosófica. O quizás ahoguen en el conformismo del ambiente las inquietudes que, como hombres, deben sentir en algún momento de la vida ante las asombrosas escenas de que están siendo actores, sin saber nada de guión ni guionista.

El filósofo, en cambio, no puede acallar largo tiempo la fascinada inquisitividad de un espíritu a la vez candoroso e incrédulo, ávido de conocimientos incommovibles y crítico descontentadizo de todo cuanto personalmente no ha verificado una vez más. No quiere aceptar nada porque sí, ni dar ningún principio por supuesto. La actitud filosófica entraña interrogación y problematización. No se pliega, como a dato último, a las percepciones sensoriales que nutren el saber vulgar, a lo que se está viendo y palpando, sino que muestra su insatisfacción ante lo que parece percibido e indaga, más allá de la periferia deslumbradora, el por qué y el cómo que dan fondo de realidad a cada fenómeno. Por eso la Filosofía, como disposición de ánimo individual, puede hacerse consistir en una negativa tajante a emplear palabras que uno no ha legitimado con

antelación en diligentes y desinteresadas indagaciones. Y su fundamento ha de buscarse -como atina Whitehead a expresarlo- en «la fe imperturbable en la posibilidad de introducirse lúcidamente en el fondo de las cosas por medio de un destello feliz del pensamiento especulativo».

Por eso, según expuse en otro lugar, «la Filosofía no se reduce a *informaciones*. Presupone, naturalmente, que se posean; pero justo comienza donde las informaciones terminan, puesto que constituye un esfuerzo supremo, entusiasta, por superarlas.

Las informaciones van a la memoria y se almacenan y caben en la memoria, como pueden almacenarse y caber en una computadora. La Filosofía cuenta con los datos guardados en la memoria -o en la computadora-; se erige con ellos -a sus expensas-; pero para ir y estar sobre ellos. Arranca, por esencia, de atisbos e intuiciones que no se pueden encontrar allí, porque son la respuesta que todos estos datos, como pregunta, obtienen del espíritu. Una Filosofía cualquiera, como cosa ya hecha - muerta- podría enseñarse, convertida en información, como se enseña muchas veces la tan falseada “Historia de la Filosofía”. Pero “la” genuina, “la” auténtica Filosofía no soporta un género de enseñanza que la aniquila. La Filosofía no es un pretérito sedimentado ahí, sino una milagrosa sublimación de ese pretérito redivivo; la conclusión de todas las premisas puestas por cada saber humano; pero una conclusión “innovadora” que, aunque resulte de las premisas, aunque pudiera estar inspirada por ellas, no es reconducible a ellas, porque ha de ser trascendiéndolas como las suponga. La Filosofía es una prospección o calicata tendente a comprender y explicar un todo “variable.”» -al menos estructuralmente-; un experimento “personal” o “autopsia” del Universo que perpetuamente lo fiscalice y nos mantenga al tanto; un “ir viendo” que se comunica y complementa para enriquecerse y enriquecer de nuevo con réditos constantes; una inspiración reinspiradora que difunde conciencia y ciencia y permite recapitular y recomenzar. De ahí que la Filosofía rechace intrínsecamente que se la transmita como una suma de conocimientos adquiridos. Cualquier aceptación cabal de cualquier sistema filosófico implica, por eso, la cancelación -a escala individual- de la Filosofía, pues ésta estriba, sobre todo, en una ininterrumpida indagación, ilimitada y emancipadora, que clama también por el relevo ininterrumpido y el apoderamiento sin consignas».

La Filosofía es, además, personalísima e intransferible por otra razón más profunda. Imaginemos que cualquier estudioso se sumerge en un sistema de Filosofía, lo examina con la necesaria detención, lo capta íntegramente, se familiariza con él y queda convencido de su verdad. ¿Es entonces un simple receptor pasivo de ajenas ideas? Con certidumbre práctica se puede contestar que no. Un sistema filosófico propiamente dicho es algo tan complejo, abstracto y plagado de sobreentendidos a suplir, que las posibilidades interpretativas se presentan a cada paso y, a menudo, en tal multitud que la probabilidad de acertar siempre con su auténtica intencionalidad se hace deleznable. No será, por eso, la filosofía de Platón, Aristóteles, Kant o Hegel la que uno profese, sino «una» particular intelección de aquélla. Pero ¡cuidado!, una intelección que está infinitamente lejos de un simple ver, puesto que demanda un articular con esfuerzo cierta universalidad de datos, de significados latentes, de omisiones e, incluso, de antinomias: ¡Hace falta filosofar hasta para reconstruir una filosofía!

Como representación abreviada; pero suficiente para la intelección del Universo, sólo el sistema filosófico que se identificara con la Verdad y la formulara sin ningún equívoco podría ser enseñado y aprendido como conquista humana definitiva; pero, desde ese mismísimo momento, el menester de filósofo, la dedicación vital a la Filosofía habría perdido toda razón de ser: ¡Lo sabríamos todo, lo podríamos todo! ¡Fuera de los problemas, estaríamos también necesariamente

desprovistos de cualquier incitación personal para forjar los pensamientos resolutivos. A lo sumo, fantasearíamos... Claro que semejante hipótesis es utópica. Aun cuando el Universo pudiera reputarse «concluso» (lo que ni siquiera resulta la alternativa más probable), nuestra información sobre él peca de incompleta y no nos faculta para emitir ningún veredicto satisfactorio. Sabemos que estamos ignorando muchas cosas; sospechamos aún que el Universo permanece todavía sin acabar, como una obra en curso. Redactar, entonces, las «conclusiones» de nuestra ponencia filosófica equivaldría a precipitarse a juzgar cuando el problema no se ha formulado por entero. De ahí que cualquier auténtica filosofía deba respirar su propia limitación, tener conciencia de su irreparable transitoriedad y aprestarse a la autoinmolación como holocausto para enriquecer la futura.

Acaso por virtud de estos hechos la Filosofía como actitud deba primar sobre la Filosofía como resultado. Por el carácter inevitablemente fragmentario de nuestra experiencia, es más importante conservar los hábitos inquisitivos, seguir formulando cuestiones y tanteando las réplicas posibles, que guardar en la memoria individual o social las respuestas pretéritas a las viejas preguntas. ¡Vale mucho más ser filósofo que saberse al dedillo, con intrascendente erudición, toda la Historia de la Filosofía!.

He ahí por qué la Filosofía tiene que ser «personal». Precisa una insaciable insistencia en la búsqueda. Ninguna respuesta ya dada, ni siquiera -o menos aún- la propia, puede satisfacer a quien de veras es filósofo. Este halla en el «plus ultra» de los descubridores el rasgo más certeramente definitorio de su espíritu. Avaro de verdades, cada saber que logra le hace codiciar los que la nueva atalaya conquistada deja entrever como incógnitas por descifrar, como retos insoportables. ¡La Filosofía es avidez de omnisciencia conviviendo con limitadísimos conocimientos empañados en escepticismo! Como explica Ortega: «...El filósofo auténtico, que filosofa por íntima necesidad no parte de una Filosofía ya hecha, sino que se encuentra, desde luego, haciendo la suya, hasta tal punto que es su síntoma más cierto verle rebotar de toda Filosofía que ya está ahí, negarla, y retirarse a la terrible soledad de su propio filosofar».

La Filosofía es, además, «personal», porque, condicionada por aptitudes íntimas, resulta en sus presupuestos decisivos determinada por la personalidad; esto es, por el temperamento, el carácter y las particulares vivencias de cada filósofo. No cabe separar las tendencias que inspiran las grandes síntesis filosóficas de los substratos naturales y culturales amalgamados en la biografía de cada filósofo. El hombre no puede desprenderse nunca de su modo de ser; le cuesta, incluso, un esfuerzo inaudito despegarse de sus apetencias e intereses y librarse de sus hábitos y prejuicios. Propone sus interrogantes según es; describe el mundo como lo ve; silencia y desatiende lo que para él carece de atractivo; y contesta, por último, según el modo de preguntar, más o menos sugestivo y capcioso, que él ha elegido para sí mismo. Los ojos que escudriñan el mundo no son jamás intercambiables. Aun en idéntico lugar, nunca será común la perspectiva. Y sin embargo..., ¿por qué las actitudes filosóficas, los principios básicos de cada cosmología parecen reductibles a módulos comunes, a homogeneidades que substancialmente se repiten? ¿Hay alguna predisposición constante en los seres humanos a uniformizar sus enfoques que pueda explicar las escasas posiciones iniciales que dan signo a cada filosofía?.

Nadie discute la individualidad del hombre. Cada uno difiere absolutamente de los demás. El yo es único e inconfundible. No obstante, en las manifestaciones concretas de esta desidentidad radical, numerosas notas comunes quedan a la vista. Por eso el hombre ha podido ser clasificado según temperamentos, caracteres, razas, tipos biológicos y se ha logrado construir una Psicología científica. La Historia nos muestra, así, dogmáticos y escépticos, epicúreos y estoicos, idealistas y realistas, místicos y lógicos, metafísicos y dialécticos, géómetras o analistas... Cada uno de

nosotros sintoniza preferentemente con Heráclito o con Parménides, con Platón o con Aristóteles, con Epicuro o con Zenón, con Pirrón o con San Agustín, con Plotino o con Descartes, con Espinosa o con Kant, con Leibniz o con Hegel....

IV. MÉTODO IDÓNEO A LA FILOSOFÍA

Como procedimiento indagativo que busca el conocimiento más absoluto, la Filosofía combina dos cosas: el afán universal de saberlo todo acerca de todo y el escepticismo sobrevenido por la penosa evidencia de los errores que a cada paso cometemos. La primera reacción es de confianza en uno mismo y en cada una de sus potencias. Se presta fe a los sentidos, a la razón, a la intuición, al testimonio ajeno... «El hombre no cuestionara sobre el ser -ni sobre el conocimiento- si el ser no se le viniera encima de pronto -y el conocimiento no se envolviera en dudas.

«La ilusión sobre la evidencia del ser es tan convincente y plausible, tan aparentemente digna de crédito, que sin la fuerza aplastante del error nadie llegaría a imaginar que tras la cobertura sensible de las cosas pudiera haber algo más profundo. Pero el error sacude la dormida conciencia del hombre y le obliga a proponerse el problema del ser. El error constriñe a la distinción entre realidad y apariencia, hace ineludible la pregunta por la verdad y patentiza la cuestionabilidad de los entes». Hay que adoptar cautelas para no equivocarse: limitar las pretensiones, reducir más y más el tema que se investiga, desconfiar siempre del propio juicio aislado y contrastarlo con el de los demás, llegar a la seguridad desde la duda sometiendo a fiscalización implacable cualquier ocurrencia tentativa de explicar cómo las cosas son o por qué suceden.

«En el principio era... la Filosofía. Todas las indagaciones del hombre tenían un objeto común: el ente, a cuya comprensión y esclarecimiento se enderezaban. No había surgido aún la necesidad de establecer discriminaciones sobre el ser de las cosas ni de dividir el trabajo intelectual. Se ambicionaba un conocimiento universal y completo, cerrado y suficiente. No se había experimentado todavía la decepción de repetidos errores y la fe en la razón se conservaba intacta. Al solo esfuerzo personal se confiaba ingenuamente nada menos que el descubrimiento de la verdad. Fueron los años los que trajeron el escepticismo. La Filosofía se hizo Ciencia por efecto de su propia tensión interior, en una pugna por superar sus limitaciones». Pero las ciencias y sus métodos no hacen superflua la Filosofía. La presuponen en sus inicios y la reclaman para su engarce y síntesis.

«La Ciencia, por fuerza de su carácter, va paso a paso; no intenta terminar sus investigaciones de una vez para siempre, sino que deja abierto e inconcluso el camino. Es una gran teoría que pugna, desesperadamente, por acomodarse a los hechos empíricos. Sábese condenada a emitir veredictos parciales, acercadores, y a soportar, de cuando en cuando, el suplicio de Tántalo por ver apartársele la verdad en cuanto creía ya haberla aprehendido. No obstante, le queda el consuelo de ser útil a la humanidad aunque no esté conclusa y aunque no acierte exactamente con la verdad. El conocimiento científico es siempre útil, puesto que presupone haber dado cuenta de los fenómenos inventariados hasta un determinado instante. No importa que el inventario no sea nunca capaz de agotar la experiencia. Aunque, como Goete decía, “la

naturaleza se haya reservado la cantidad suficiente de libertad para que no podamos penetrarla por entero”, también es cierto que para nuestras demandas vitales basta aclarar los hechos *según van siendo conocidos*.

«La Filosofía es hija de una impaciencia del corazón. Su afán de verdad no se satisfizo con enviar a las diversas ciencias, como emisarios suyos, a preguntar por los “qué” de las cosas. Ella misma salió al encuentro de la verdad, obrando por su propia cuenta y poniendo en juego la totalidad de los recursos a su alcance. Su peregrinación era inevitable, ya que obedece a una íntima necesidad del individuo. La humanidad, para quien es la Ciencia, está en condiciones de esperar largo tiempo la solución de los problemas que le preocupan, pues su ciclo vital es lo bastante prolongado para eso. Pero el hombre no puede esperar. Sus eternos y acuciantes problemas personales lo aprisionan en interrogantes perentorios e ineludibles. Las réplicas deben ser urgentes. Cuando el hombre se vuelve a la Ciencia, al Arte, a la Técnica en demanda de una precisa contestación, la Técnica, el Arte, la Ciencia se le pierden en evasivas: “Lo que yo sé es, por ahora, esto”... -aducen ante su inquirir-; pero callan frente a las preguntas torturantes que apremian la consciencia. Entonces, para su tranquilidad interior, para ocupar plenamente el intelecto, para contener apaciguado el anhelo impetuoso de un alma que se desvive por saber a cabalidad, el hombre tiene que hacer la Filosofía. Una Filosofía que se ha de hacer de una vez, por entero; porque sólo después de concluida podrá estar a la altura de las infinitas apetencias de nuestro espíritu. Hija de la impaciencia, la Filosofía se adelanta para saber cómo será la verdad que va a venir en el día en que la Ciencia Se termine.»

Como pretensión escéptica para lograr un saber total sobre la universalidad de los seres, la Filosofía tendría que requerir una exhaustiva encuesta de todos los hechos cognoscibles. Ninguna cosa podría, en rigor, pasarse inadvertida en la reflexión filosófica; bien que entonces, quién y cuándo sería capaz de construir una Filosofía.

No parece que pueda haber más que una fórmula satisfactoria: recurrir, no a la totalidad de los hechos, en una inducción imposible, sino a una *muestra representativa* que los compendie neutralmente; vale decir, sin ocultamientos ni sobreentendidos arbitrarios; y generalizar después las conclusiones a los grandes residuos de Universo inevitablemente preteridos.

Claro que tan ambiciosa pretensión plantea un problema muy delicado y relevante: ¿Es inobjetable realmente el aplicar, según aquí se preconiza, las técnicas de muestreo en la indagación filosófica? ¿Cómo servirse de ellas? ¿Con qué dificultades específicas habrán de tropezar, en principio, y qué condiciones deberán observarse para que lleguen a ser valederos sus resultados? Todas estas cuestiones tiene que ser examinadas con meticulosidad proporcional a su importancia; pero antes de concentrarse por entero en el tema metodológico, parece preferible, en aras de la claridad expositiva, enderezar ahora todos los esfuerzos para lograr una definición de la Filosofía.

V. LA FILOSOFÍA COMO RESULTADO

Dada una «actitud» y un «método», y al culminar un proceso indagativo prolongado durante décadas, el verdadero filósofo habrá visto cristalizar sus reflexiones en algún resultado. Es, por así decirlo, el gran sumario que viene a expresar las conclusiones de su encuesta.

Durante toda su vida contempla el hombre al mundo, medita sobre los demás y sobre sí mismo y se pregunta, con menor o mayor preocupación, ¿qué hay tras las personas y las cosas y qué papel desempeña su propia vida pensante, frágil y efímera, en el escenario sorprendente y anonadante del Universo? ¿Por qué?, ¿para qué?, son nuestros inevitables cuestionamientos ante la inmensa realidad que nos envuelve y que apenas se deja columbrar. Y cada hombre, con más o menos perspicacia, con mayor o menor incitatividad y comprensión, ha tenido que buscar soluciones, con diferente grado de originalidad y compromiso emocional, al sobrecogedor acertijo. ¿No convendrá, entonces, encuestar también a los hombres más representativos de la Humanidad para que nos enriquezcan con su particular concepción de las cosas, de la vida y de nuestro destino?

A cada paso estamos haciendo eso en las «encuestas de opinión». Queremos saber, no sólo por curiosidad, sino también por los beneficios que nos depara el conocimiento comparativo, ¿qué piensan nuestros semejantes en torno a los problemas comunes? Sabremos, así, cuánto cala en el público cada ideología, cada sistema filosófico, cada creencia religiosa, etc. Sabremos también hasta dónde y cómo confluyen muy diferentes modos de pensar, acaso lógicamente incompatibles, y qué importancia tiene cada uno como factor determinante en la conducta de quienes dicen inspirarse en ellos.

Es de interés para cada hombre -¿cómo no?- contrastar sus pensamientos y sentimientos con los pensamientos y sentimientos de los demás. Así podrá obtenerse un aleccionamiento vivificante, a veces asombroso y a veces esclarecedor. No en vano el intercambio dialéctico es el tamiz más beneficioso para nuestro saber. ¿Cabe pasar entonces por alto las interpretaciones del mundo con que nos han favorecido los más grandes pensadores de la humanidad? Desdeñaremos, por desafiantes y paradójicas, sus inspiradas explicaciones, pese a portar atisbos de inteligencias privilegiadas y sensibilidades sin rival? ¿No procuraremos esclarecer cuáles han sido los estímulos propulsores y los ingredientes fundamentales de las más lúcidas filosofías? No nos detendremos a comparar unos con otros, a fin de reducirlas, si es posible, a un denominador común, que permita definir de paso, la Filosofía?.

Todas estas preguntas deben ser contestadas de algún modo; sobre todo, por quien entiende que las encuestas por muestreo son el método idóneo para basar una Filosofía. Pero ¿cómo atinar con una respuesta objetiva para cada cuestión? ¿Es acaso posible? Quién podrá ser contado con justicia entre los filósofos auténticos? ¿Quiénes habrán sido los grandes pensadores cuya obra clarividente ha brindado enseñanzas perdurables para toda la humanidad?.

La particularidad, acaso más singular, de la Filosofía es que nada hay aproblemático desde que se transpan sus umbrales. Como de todo es necesario en ella dar razón, ¡nada se sabe mientras no se logre explicitar las propias premisas! Pues sólo cabe discernir quién es, o no, filósofo desde una concepción privativa y personal de la Filosofía.

Se hace entonces preciso posponerla cuestión anterior. La lógica reclama, en cambio, desentrañar ahora, según las propias convicciones imponen, el siempre obscuro enigma de la Filosofía.

Sin embargo, una Filosofía que haya de ser forzosamente personal, sólo puede ser definida presentándola hecha. Y tiene que resultar una gran sinfonía inacabada, porque su revisión y refacción, siempre en trámite, sólo la muerte logra interrumpir. Pero esa es una razón más para esforzarse por condensar en una fórmula sintética la suprema intencionalidad de cualquier episódica manifestación que inicie germinalmente una Filosofía.

De ahí que podamos reinscribir al presente antiguas caracterizaciones y reafirmaciones en lo que sigue: *La Filosofía es el único sector del conocimiento capaz de definirse con sus propios*

recursos; una grandiosa tentativa para intuir la incomparable identidad del ser; un compromiso gnoseológico en que el hombre se ve mezclado, junto con sus cosas; un arriesgarse valeroso a la adivinación de la verdad para suplir por el momento a la Verdad que no se tiene todavía; un experimento mental verosímil que está ensanchando constantemente los bordes de nuestra comprensión para renovar con inspirados detalles nuestro saber precario.

La Filosofía no va en persecución de sus objetivos ejercitando una «potencia» determinada, ateniéndose a fórmulas precisas: es una movilización total de las capacidades humanas, que, cuanto más completa, cuanto más exhaustiva, más auténtica y valedera resulta. Frente al problema de los problemas en que anda revuelto, el hombre recurre febrilmente a cuanto le pueda prestar algún servicio, porque todo esfuerzo y todo saber son pequeños cuando se trata de hacer una Filosofía. La Técnica, el Arte, la Ciencia, la Fe deben expresarse hasta el fondo para arrancarles toda la luz que abriguen. El instinto y el sentimiento, la inteligencia y la intuición han de empeñarse plenos y de consuno. Cualquier testimonio y sugerencia tienen aquí un valor. El filósofo nada desprecia. Se vuelve con todas sus facultades y todos sus logros anteriores para tratar de solventar el tentador enigma. En la penuria de su desamparo frente a un mundo recóndito cualquier vislumbre del misterio es una inmensa dádiva. Con las manos tendidas, el filósofo sabrá recogerla humildemente. ¡Pordiosero de luz, oteando entre tinieblas impenetrables, aguarda la hendidura subrepticia que pueda filtrarle algún girón de claridad esperanzadora!.

José Lois ESTÉVEZ